

ficados de limpieza de sangre los tendría bien falsificados; o no se los exigieron, porque nadie asociaría a los Jiménez ya granadinos con *el pueblo escogido*. El futuro Adelantado se marcha a Sevilla y allí encuentra empleo en la expedición que estaba armando Pedro Fernández de Lugo rumbo a la Nueva Andalucía, en la región norte del subcontinente suramericano.

Si antes el personaje no se ha citado con la historia, este es el momento o por lo menos el más importante. Fernández de Lugo, como gobernador de Santa Marta —la fundación más antigua de Colombia— quiere competir con la pujante Cartagena que desde entonces iba reuniendo los méritos que algún día la convertirían en el primer puerto español en América. Los indios del Caribe aseguraban que el oro que poseían venía de tierra adentro, de lugares remotos que no sabían explicar muy bien, y no sólo por la dificultad lingüística. Fernández de Lugo intuyó que la vía de agua que proporcionaba el río de La Magdalena, era el camino que traía el oro. También deseaba saber dónde nacía tan poderosa corriente que a los españoles, acostumbrados a los raquíticos ríos peninsulares, les resultaba algo verdaderamente increíble. El gobernador nombró a Jiménez de Quesada capitán de la expedición con un encargo añadido: el de fundar una ciudad con el nombre de Santa Fe. Obedecía al mandato de Isabel de Castilla, cuando en 1493 se cumplió un año de la toma de Granada, de que se fundaran pueblos y ciudades con este nombre en las Indias recién descubiertas. Santa Fe, hoy un próspero pueblo a unos 10 kilómetros de la ciudad, fue la base que montaron los Reyes Católicos para la toma del último bastión musulmán; y donde esperó la reina sin bañarse ni cambiarse de ropa...

Después de dos años no sólo de las penurias imaginables, llegaron a una planicie de 72 kilómetros de largo por 32 de ancho, fresca, de clima otoñal, y de una fertilidad desmesurada. Jiménez, desde que empezó a remontarla, hasta alcanzar sus 2.650 metros de altura, lo emparentó todo con las montañas y sierras de la Granada originaria. No le cupo ninguna duda de cómo bautizaría a los nuevos territorios ni, mucho menos, que repetiría a toda Andalucía. La Colombia de hoy es un país arquitectónicamente andaluz, aunque los estilos francés, inglés y estadounidense se hallen representados. Pero básicamente, la construcción civil colombiana es andaluza: las casas blancas con ventanas y puertas pintadas de verde, balcones «volados», coronadas de tejas rojizas. Casas con antejardín, zaguán, patio y traspatio, en

muchos de los cuales se agazapa una diminuta ermita con una virgen-cita dentro. Un remedo del carmen granadino que aún denuncia la impronta que desde un principio le dio el fundador.

Pero el sello andaluz y el afán urbanístico no son lo más importante en un personaje como Jiménez de Quesada que merece presentarse ante la historia como el renacentista que fue. El «contagio» por los diversos saberes contraídos en la Península y en la Europa que vio como mercenario, lo plasmó en la vida de la fundación a través de escuelas, bibliotecas, cenáculos, donde se discutía de lo divino y de lo humano. Esto último es más que una frase hecha, pues la disertación iba de la teología a profundidades filosóficas desde los orígenes del pensamiento occidental: los presocráticos; Platón y su teoría de las ideas; Aristóteles y las categorías universales, fueron tema de conversación en la naciente Santafé. Lo que nos delata un Jiménez de Quesada dado a la investigación, como también un administrador nato, preocupado hasta por los ínfimos detalles. De esto habla ampliamente el acta de fundación de Santa Fe, (7 de Agosto de 1538) donde se justifican los motivos para que se lleve a cabo y, como vestigio de medievallidad, el fundador reta a fenomenal combate a quien se le oponga a levantar la ciudad. Recorre las filas de soldados españoles e indios montado a caballo y con la espada en lo alto. Una vez que no hay oposición, proclama el nacimiento de la nueva urbe en nombre de un monarca lejano y su colección de títulos: don Carlos I, rey de Castilla, de León, de Aragón, de Navarra, de Toledo, de Sevilla....Y así toda la geografía peninsular y canaria, como también una desquiciada enumeración de señoríos europeos.

Conviene aquí hacer un alto en el camino, para mencionar la crueldad de esta conquista, la toma por los españoles del reino de los muiscas, quienes se encontraban en una guerra civil a la llegada de Jiménez de Quesada. La sucesión en el trono no era de padres a hijos, sino que para coronarse Zipa (rey) era necesario ser el vástago mayor de la hermana mayor del monarca difunto. El soberano actual, Tisquezuza, era un usurpador en conflicto con su sobrino, Zaqueza-Zipa. El desorden, añadido a la inferioridad logística en comparación con las huestes españolas, fue de gran ayuda en la victoria jimenista. Tenemos, pues, un gran escenario de crueldad que desarrollaban los mismos naturales, ellos solos, sin ayuda de nadie. Y no porque fuesen indios, sino porque eran, simplemente, hombres; y el hombre es cruel por naturaleza. Las dos facciones muiscas que se disputaban el trono no lo hacían con

amabilidad ni métodos democráticos, los mismos que no empleó Jiménez de Quesada para abrirse paso a lo largo de más de 1.300 kilómetros que recorrió desde que salió de la costa atlántica en 1536. Fue cruel y despiadado con los nativos, así como lo fue de mercenario durante el *Sacco di Roma*, con enemigos que no eran indios sino europeos como él, y antes lo había sido en la toma de Génova a las órdenes de Juan de Urbina. No hay centímetro cuadrado de los habitados por el hombre en todo el planeta, que no haya sido disputado y/o defendido con crueldad; los indios eran tan crueles con los indios, como los españoles lo eran con los españoles, así como los pigmeos con los pigmeos y los suecos con los suecos. La historia de la humanidad es la historia de su crueldad; después de los crueles han venido los poetas y pintores, los filósofos, los médicos y los astrónomos, artes y ciencias a las que Jiménez de Quesada se dio una vez finalizada la conquista con toda la crueldad necesaria.

Espero que con lo dicho, el lloriqueo falsamente progresista no sólo me perdone a mí, sino al personaje en cuestión; que puestos a echarle imaginación a la crueldad humana, piensen qué habría pasado si la conquista hubiera sido al revés. Es decir, si en vez de salir tres carabelas de Palos de la Frontera en 1492 lo hubieran hecho de cualquier puerto americano; el mismo Guananí, por ejemplo. ¿Qué hubiera sucedido? La respuesta es más que obvia.

Cumplido el mandato de Fernández de Lugo de fundar una ciudad y con el nombre ordenado por Isabel la Católica, el afán urbanístico y arquitectónico ocupa los quehaceres del Licenciado. Se olvida de otro de los propósitos del viaje que era encontrar las fuentes del río Magdalena, pues para ello tendría que volver a la altura de Honda, distante unos 200 kilómetros de Santafé. Son, entonces, el pensamiento, la enseñanza, la medicina, la observación astronómica, las preocupaciones; registrando metodológicamente lo que era una novedad a ojos estacionarios, de cómo en estas nuevas tierras no había primavera, verano, otoño ni invierno, sino que una misma temperatura y luz reinaban todo el año. Se anotaban con precisión a qué horas salía y se ponía el Sol y las fases de la Luna; las estrellas que brillaban por las nuevas latitudes recibían cumplida referencia. Todo ello con el fin de que estas primeras notas sirvieran a los científicos que con seguridad esperaba traer desde el otro lado del mar. También para situar a la nueva tierra con unas coordenadas precisas bajo las cuales solicitar una gobernación aparte, independiente de Santa Marta y no digamos de